

PRÓLOGO

No es del todo cierto que la Historia haya obviado a las mujeres. Son numerosos los estudios que se han realizado, en algún caso desde hace tiempo, si bien sobre ciertos personajes femeninos de gran importancia —Isabel la Católica, María de Hungría, María de Medici, Isabel Clara Eugenia...—, que han sido fundamentales en el patrocinio de la artes. Sin embargo, no han sido pocas las mujeres que han pasado desapercibidas en la Historia del Arte y que por su actuación como promotoras y protectoras de las artes merecen ser reconocidas. Llamar la atención sobre la importancia de estas damas es el interés de este libro. Evidentemente, no se busca abarcar todas las protagonistas, sería imposible, pero tampoco se quiere ser redundante sobre las que ya tenemos noticias importantes; lo que se quiere en los estudios que conforman este volumen es poner de relieve la labor de las mujeres; mujeres en algún caso poco reconocidas a pesar de haber sido fundamentales en su época.

A finales de la Edad Media y a lo largo de la Edad Moderna, las damas llevaron a cabo un importante papel comprometido con las artes. Se ocuparon de ordenar y comprar cuanto era perceptivo para construir la imagen de la familia a la que pertenecían: levantaron capillas funerarias y palacios, contrataron retablos y adquirieron tapices y pinturas. Un patronato que tal vez les correspondía, al considerarse tales desempeños como algo perteneciente al entorno doméstico, propio de lo femenino. Atentas a la cultura, habían recibido una formación notable en la que la lectura y la interpretación musical formaban parte

de lo aprendido y lo transmitido a sus hijas. Rodeadas de sacerdotes, músicos y amantes de la poesía, fueron articulando en su entorno privado pequeñas cortes —grandes en el caso de las reinas— que alentaban el desarrollo cultural y artístico, tejiendo entre ellas camarillas y redes de poder femeninas. De esta forma se ponen en contacto conventos, palacios y obras pías dirigidos por estas señoras que amén de pasar sus días en oración y lectura, gobernaron sus casas e impulsaron las artes.

Cuando se habla de arte, por reducción parece centrarse en las artes visuales y, dentro de estas, las consideradas *arti del disegno* —pintura, escultura y arquitectura— según las definió Vasari y que la Ilustración concluyó que eran las Bellas Artes. Esta limitación no es apropiada. Las artes nunca se vieron constreñidas a solo tres manifestaciones. La importación de la decoración, de los vestidos, de la joyería y especialmente de los tapices, con frecuencia precedía a una obra de pincel. Y esto cobra especial interés entre las mujeres, porque ellas fueron responsables de vestir las casas, pues la arquitectura en sí era algo frío e impensable históricamente sin un amueblamiento apropiado, algo en nada diferente de una casa actual.

Este libro recoge diecisiete estudios que quieren sacar a la luz diferentes aspectos de la intervención de las mujeres en el desarrollo de las artes. Se centra especialmente en la Edad Moderna y en las reinas, vi-reinas en América y nobles que tuvieron una intervención decisiva en las artes. El tratamiento parte de diferentes puntos de vista: las obras que poseyeron, las que encargaron, los libros que leyeron, la piedad como generadora de arte, la etiqueta cortesana, los espacios privados y públicos que regentaron, su representación en pinturas y medallas. El concepto del arte por el arte era ajeno a su época, pues lo que se buscaba era la magnificencia de los personajes y su influencia social y política. Se trata de señoras del poder, que lo ejercieron y gracias a su desempeño las artes alcanzaron cotas extraordinarias.

Miguel Ángel Zalama
María Concepción Porras Gil